

Por la izquierda, Eduardo Carreño, Blanca Girón, Manuel Castela, Elena Martín, Fernando Mateos y Emma Fernández, durante una de las clases en el Grupo. | Nalara Pilo



Gabriel Cuesta

Fue en el «dojo» donde Claudia González encontró a «su otra familia». El arte marcial japonés y el cariño de más de una decena de compañeros en el Grupo Covadonga le permitió sentirse mejor física y mentalmente para afrontar su depresión, una lucha que mantuvo hasta el final. Cuando se enfundaba su «keikogi» (chaqueta de entrenamiento) era «Yumi». «Arco», en japonés. Así la llamaban porque «funcionaba cuando se destensaba». Entre kata y kata se sentía realizada a través del «ninjutsu», «bujutsu» e «iaijutsu». «El alma de 'Yumi' era tan limpia y pura, como el mejor acero 'tamahagane' (un tipo de acero hecho a partir de la tradición japonesa), pero nos la dieron quebrada. Y no nos dio tiempo de volver a forjarla. Eso es algo que lamentaremos para siempre todos sus compañeros. El sentimiento general era de rabia al no haber podido protegerla», lamentan.

Ahora, una rosa blanca preside desde un rincón de la sala de entrenamientos, en honor a la joven de 20 años que se quitó la vida el pasado fin de semana tras señalar en una carta que había sido víctima de acoso escolar. «Cuando nuestra 'Yumi' nos fue arrebatada, estaba eligiendo su primer sable. Llevaba semanas en ello poniéndole todo el cariño y cuidado del mundo. Tenía que ser difícil, porque encontrar algo que realmente se acoplara a la maravillosa persona que era, tenía que serlo», recuerdan sus compa-

de una persona muy importante, que le devolvió a la vida en algunos de sus momentos más duros: su querido médico Eduardo, mucho más que un médico, una gran persona, con mayúsculas. Y allí, con su admirado 'sensei', con 'Megumi', Diego y todos los demás compañeros. Cada vez que volvía machacada de la lucha volvía feliz... Había encontrado algo con lo que se sentía realizada», les agradeció durante el funeral. En realidad, fue la propia Claudia González, amante del anime, quien le pidió a Eduardo Carreño, «Sensei», adentrarse en estas artes marciales. «Aportan gran calidad física porque utilizas todas las partes del cuerpo. Y al practicar meditación y una respiración correcta, se incrementa la capacidad de concentración, serenidad, recuperación y descanso. La disciplina en el entrenamiento luego se extiende a los demás ámbitos de la vida. Siempre nos preguntaremos si hubiésemos conseguido sanarla con más tiempo. Ella vino para venir a aprender a defenderse y sentirse segura. Evolucionó mucho», explica.

El camino del guerrero, el «bushido», persigue siete virtudes que Claudia González buscó en la mejor compañía. «Es una práctica física y psíquica. Te tranquiliza la mente y enseña a focalizar y meditar en movimiento. Educas tu cabeza», explica el «sensei» Manuel Castela sobre estas técnicas relacionadas con los samuráis. Para él, «Claudia era luz en un mar de tiniebla». «Aquí había ganado confianza y seguridad en sí misma, pero tomó la peor decisión posible», lamenta. La joven dejó «una gran huella» en su nueva familia a pesar de llevar solo desde enero en el «dojo». «Tenía muchas ganas de aprender. Lo daba todo y estaba motivada. Se le daba realmente bien, aprendía rápido. En muy poco tiempo, se hizo un hueco enorme por su sensibilidad. Y se preocupaba mucho por los demás», recuerda con cariño Emma Fernández, «Megumi».

Esa «armonía» se trasladó del «dojo» a la vida cotidiana de la joven. Sus amigos recordaron para LA NUEVA ESPAÑA cómo le ayudó a salir de hacia delante en su lucha contra la depresión. «Tuvo momentos peores, en los que le costaba salir de casa, pero llevaba meses mejor, queriendo salir. Con las artes marciales se sentía mejor físicamente y mentalmente», señalaban. Isabel Canal, «Himawari», recuerda a su compañera como «una cría muy dulce, comunicativa y habladora». «La pena que tenemos es que no haya empezado con nosotros antes. Estaba muy integrada porque somos como una familia. Se crea un vínculo especial cuando pones tu integridad física en manos de un compañero», señala. Con Diego Arias era con el que más solía entrenar al coincidir en peso y altura. «Siempre venía con una sonrisa. Encajó muy bien desde el principio. Era muy reconfortante compartir el tiempo con ella y encajó desde el primer momento», rememora. «Yumi» se fue dándole todo hasta el final y siempre estará presente en el «dojo».

Los compañeros de las artes marciales, la «otra familia» de Claudia González

La joven, de alma «limpia y pura», encontró en el «ninjutsu» japonés, que realizaba en el Grupo, «algo con lo que sentirse realizada»



Arriba, dos imágenes de Eduardo Carreño y Emma Fernández durante sus ejercicios de artes marciales japonesas en el Grupo Covadonga. A la derecha, la joven Claudia González, con su «keikogi», la chaqueta de los entrenamientos, en una imagen cedida por su familia. | N. Pilo

ñeros. De hecho, el Grupo Covadonga es el único sitio de Asturias donde se practica «iaijutsu» de antiguas Ko-ryu (escuelas de sable). Es una disciplina que requiere un importante esfuerzo físico y una gran concentración. Es una auténtica gimnasia mental que a Claudia le apasionaba. La katana que esperaba comprar son casi piezas de orfebrería, «una de las armas más difíciles de manejar pese su aparente simplicidad». «Es un reflejo de tu propio cuidado y conducta», explican.

Su madre, María Belén Álvarez, recordó en su carta de despedida cómo «ella se esmeraba y lo daba todo» con su «otra maravillosa familia». «Llegó allí de la mano